

Tradición y cambio en la museología costarricense: dos momentos históricos

Raúl Aguilar Piedra

Museo Histórico Cultural Juan Santamaría,
Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica

*A la memoria de mi amiga y ex compañera de labores,
Luz María Campos González (1951-2004), quien dedicó 14 años
de su vida al servicio del Museo Histórico Cultural
Juan Santamaría, hasta verlo consolidado.*

RESUMEN: *La tradición y el cambio son los signos que marcan el desenvolvimiento de la museología contemporánea. Es la dicotomía entre el museo en función de las colecciones y el museo en función de su entorno social. Costa Rica no ha estado ajena a la influencia de las corrientes museológicas prevalecientes. El Museo Nacional y el Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, en su contexto secular, expresan la influencia recibida de la museología tradicional y la de vocación social en dos momentos históricos diferentes.*

ABSTRACT: *Tradition and change are the signs which mark the development of contemporary museology. It is the dicotomy between the museum in relation to the collections and the museum in relation to its social background. Costa Rica has not been unaware of the influence of the prevailing museological trends. The National Museum and The Historical Cultural Museum Juan Santamaría, in their secular context, express the influence received from the traditional museology, and the social vocation in two different historical moments.*

PALABRAS CLAVE: *museología, tradicional, nueva, coleccionismo, Museo Nacional, Museo Juan Santamaría, Campaña Nacional.*

KEYWORDS: *museology, tradition, new, collectionism, National Museum, Juan Santamaría Museum, National Campaign.*

INTRODUCCIÓN

La práctica de recolectar objetos para conservarlos y transferirlos de generación en generación, en su origen, se remonta a los primeros tiempos de la existencia humana. Poco a poco esta costumbre generará una intensa actividad privada cultivada por la Iglesia, los nobles y la burguesía, hasta que la Revolución Francesa la convierte en un asunto de Estado.

Al transformarse la actividad privada del coleccionismo en un aspecto público tutelado por el Estado, se da lugar al surgimiento del museo tal y como lo conocemos en la actualidad. Dicho de otro modo, lo que distingue a un museo del coleccionismo privado es su función pública. Como institución conservadora del patrimonio cultural, el museo es una creación del siglo xix. Mientras el coleccionista privado congrega objetos de interés patrimonial con el fin de satisfacer un dominio particular y una pasión personal, el museo resguarda la herencia cultural de un pueblo o de la humanidad entera según sea el caso. El museo no atesora objetos patrimoniales simplemente para el enriquecimiento institucional, sino que, más bien, lo hace en calidad de depositario de un patrimonio que pertenece al conglomerado humano del que es representativo:

[los museos], en sentido amplio, reagrupan de esta manera el conjunto de objetos de interés artístico o histórico que pertenecen al Estado o a otras colectividades públicas o que competen a este campo y que, con frecuencia, son reunidos en edificios públicos (museos, bibliotecas, archivos, templos religiosos, monumentos históricos destinados a los servicios patrimoniales) [Frier, 1997:360].

El paso de la actividad privada a la pública, con una clara vocación conservadora, fue lo que originó el gran auge museológico del siglo xix, extendiéndose por Europa y otros ámbitos del mundo occidental. En América Latina da lugar al surgimiento de los primeros museos republicanos, particularmente los llamados “museos nacionales”. Depositarios de un inmenso y rico patrimonio arqueológico, histórico y cultural, estas instituciones privilegian la atención del objeto patrimonial por sobre la función social, de manera que se mantienen prácticamente desvinculados de su entorno comunitario.

Al tomar prestado el pensamiento museológico europeo para subirse al “carro de los museos”¹ durante el siglo xix y buena parte del xx, la contribución latinoamericana a la museología universal carece de originalidad, y por lo tanto es limitada. Es en la segunda mitad del siglo xx que surgen nuevas perspectivas museológicas. En el caso costarricense pueden observarse en su

¹ Se emplea la frase en el sentido de que es más fácil adaptarse a lo establecido sin correr el riesgo y la incertidumbre que genera comprometerse con una experiencia nueva y desconocida.

contexto secular estos dos momentos históricos que son los que marcan su derrotero hacia el siglo xxi.

TRADICIÓN Y CAMBIO: AMBIVALENCIA DE UN PENSAMIENTO

Las transformaciones en el orden mundial (políticas, sociales, culturales y del medio ambiente), determinan la necesidad de que el museo amplíe su papel en la sociedad humana. Aún cuando en el museo del siglo xx prevalece una idea esencialmente conservadora de los objetos que conforman sus colecciones, surge también el cuestionamiento de su función tradicional. Cada vez con mayor intensidad se asiste a la necesidad de acomodo y cambio en la orientación de estas instituciones con el fin de asimilar las exigencias y realidades de la sociedad contemporánea. Un editorial de la revista *Museum International* señala:

Los últimos veinte años han sido testigos de una evolución tranquila —algunos países podría decirse incluso, de una revolución— en el funcionamiento de los museos y su respuesta a las cambiantes expectativas sobre su papel como servicio público. Muy lejos de su propósito académico, el museo es percibido actualmente en términos de ocio, esparcimiento, turismo y, frecuentemente, como centro de interés y de participación de la comunidad. La educación, considerada a veces como función menor del museo, comparte un puesto de honor con la conservación del patrimonio cultural [180, 1993:3].

La atención centrada en el objeto y la colección de objetos es una herencia directa de la tradición museológica decimonónica. Los museos del siglo xx, herederos de esa tradición, arrastran consigo las limitaciones de un pensamiento que no satisface las aspiraciones de una sociedad convulsa que clama por mayor participación social y por la apertura democrática. En la actualidad, el ejercicio de esta función tradicional se desplaza hacia los servicios a la comunidad. Por encima de cualquier aparente contradicción, lo que se da es una acción complementaria en la evolución de los museos que les permite alcanzar nuevos significados de expresión. Son muchas las manifestaciones de ese proceso de adaptación y transformación, todas ellas orientadas a dar una mayor apertura y permitir el acceso participativo de los miembros de la comunidad en el quehacer institucional; orientadas a, en una palabra, democratizarlo.

La interrogante de si el museo debe ser un “templo o un *forum*” [Cameron, 1972:189-202; Rasse; 1997:11-19] es un aspecto de clara discusión en la segunda mitad de la pasada centuria. Hasta finales de la década de 1960 la evolución fue un proceso relativamente lento, pues los conceptos prevalecientes de la museología tradicional europea dificultaron ese progreso. En las décadas

siguientes se produce una renovación conceptual del papel de los museos en la sociedad dentro de lo que se ha dado en llamar la “nueva museología” [Desvallées, 1992:15-39].

LA QUIMERA LATINOAMERICANA

La contribución más importante y original que América Latina brinda al pensamiento museológico del siglo xx, está enmarcada dentro de la manifiesta preocupación social de la “nueva museología”; es una propuesta acorde con las necesidades que, en el momento de su formulación, aquejaban a las comunidades del subcontinente.

En mayo de 1972, invitados por el gobierno chileno y con la colaboración y patrocinio de la Unesco, se realizó la llamada *Mesa Redonda de Santiago de Chile*.² Fue un encuentro interdisciplinario en el que los responsables de museos discutieron y reflexionaron, con especialistas latinoamericanos de diferentes disciplinas (agronomía, sociología, urbanismo y otros), el papel que tienen este tipo de instituciones en su doble función: patrimonial y social. En las discusiones de trabajo se destacó la conveniencia e importancia de abrirse a las disciplinas exteriores y tomar conciencia del medio tanto rural como urbano, es decir, el entorno, para así brindar un aporte al desarrollo científico y técnico. Con esto se pretende complementar el papel que los museos tienen en la educación permanente de la comunidad. De manera entusiasta y optimista, la representante de Chile en ese encuentro, Grete Mostny, lo calificó de “reunión de familia”, para afirmar seguidamente: “Hemos definido el tipo de museo que se adapta a nuestras condiciones: el *museo integral*, es decir un museo que participa en la vida del país y presenta los objetos en su contexto recreado” [Mostny, 1973:3].

El concepto de “museo integral”, interdisciplinario y adaptado a la realidad social latinoamericana, plantea la intención de resolver la ambivalencia del museo tradicional conservador y el museo de vocación social enmarcado dentro de la “nueva museología”. Por supuesto, suscita el insoslayable deber de que los trabajadores, en estas instituciones, realicen el esfuerzo necesario para que su labor trascienda la misión conservadora que tiene y proyecte mayor compromiso social por sobre el estático compromiso en torno del objeto.

² Además del Director y los animadores del evento, todos latinoamericanos, once países del subcontinente estuvieron representados: Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, México, Panamá y Perú. También contó con la presencia de representantes de la Unesco y del Consejo Internacional de Museos (icom).

DESPUÉS DE SANTIAGO

Lo que se discutió en la *Mesa Redonda de Santiago de Chile* no fue fortuito, espontáneo; fue consecuente con la necesidad de cambio dentro de la realidad latinoamericana y con las limitaciones que el mismo medio ofrecía. Quedaba abierta la posibilidad de que los museos se rigieran bajo el principio rector de “museo integral”, o bien que simplemente desarrollaran técnicas experimentales en donde se permitiera una mayor vinculación con la comunidad sin que se tuvieran que efectuar erogaciones que no estaban en capacidad de asumir. Lo que se requería de los responsables de los museos era, fundamentalmente, flexibilidad, imaginación, iniciativa y el buen deseo de ayudar a una transformación paulatina de la museología latinoamericana [Teruggi, 1973:129-133].

Las condiciones políticas de América Latina, imperantes en el momento en que se llevó a cabo la *Mesa Redonda*,³ así como el arraigo de un pensamiento museológico conservador heredado del siglo XIX determinaron cierto grado de resistencia, al punto de que una vez retornados a sus respectivos países, los participantes en el encuentro de Santiago de Chile continuaron haciendo lo mismo que habían hecho antes de asistir a dicho evento: mantuvieron la práctica militante de la museología tradicional conservadora; la “mutación profunda de la mentalidad y las actitudes del museólogo” [Mayrand, 1985:200] no se produjo en ellos.⁴ No hubo una aplicación inmediata de estos principios. Esto queda reflejado en los artículos preparados por quienes asistieron a la reunión, publicados en la revista *Museum* al año siguiente del evento, en los que enfocan la realidad museológica de sus respectivos países, sin anunciar una nueva manera de ver esa realidad.⁵

³ En Chile, país anfitrión, gobernaba Salvador Allende; en Brasil los militares se hallaban en el poder; en Perú estaba la dictadura militar de Juan Velasco Alvarado y en Panamá el gobierno nacionalista de Omar Torrijos.

⁴ Cuando en 1919 el periodista y dibujante Pierre-André Farcy asumió la dirección del Museo de Arte de Grenoble, Francia, se refirió a este reto diciendo: “mis proyectos son simples: continuar haciendo lo contrario de lo que han hecho mis predecesores” [Schaer, 1994:101]. Con esta afirmación el nuevo director de museo dejaba claro el compromiso de innovar la institución bajo su responsabilidad. En el caso de los participantes de la Mesa Redonda de Santiago de Chile, la actitud fue diferente: las ideas renovadoras permearon poco o nada en sus mentes.

⁵ Los artículos referentes a Argentina, Bolivia, Costa Rica, Chile, Ecuador y Uruguay, en síntesis, presentan la realidad museológica existente; enfatizan en la crisis permanente que viven los museos y la importancia de las colecciones depositadas en ellos. En ningún momento hacen mención de la experiencia de haber participado en el encuentro de Santiago de Chile ni tampoco expresan el interés de implementar algunas de las recomendaciones ahí surgidas. En el caso de Brasil, Guatemala y Perú, los artículos mencionan, de manera hipotética, la posibilidad de aplicación de las propuestas del encuentro, particularmente en lo referente a su función social. En cuanto al artículo preparado por

Doce años después de efectuada la *Mesa Redonda de Santiago de Chile*, en 1984, se organiza en Quebec, Canadá, el *Primer Taller Internacional de Museología sobre los ecomuseos y la nueva museología*. En este encuentro se destaca la marginación de las experiencias y posiciones que podrían calificarse de comprometidas, como el caso de las resoluciones que se habían tomado en Santiago de Chile. Se enfatiza, entonces, en la importancia que tuvo dicho encuentro:

[...] el cometido social del museo, la primacía de dicho cometido sobre las funciones tradicionales del museo (la conservación, el edificio, los objetos, el público), evocándose entonces el concepto de museo integral, museo global, museología popular y comunitaria, la interdisciplinariedad y el desarrollo, para lo cual sustentaron como ejes ideológicos la socialización de la museología, el cambio de actitudes y el impulso de una museología hacia la conciencia social y política [Mayrand, 1985:201].

En la actualidad, la propuesta de “museo integral” está más en el olvido que en la memoria de la gente que trabaja en los museos latinoamericanos. Su gran mérito radica en que constituye el esfuerzo más importante del siglo xx para desarrollar una museología latinoamericana con identidad propia y acorde con la vocación social preconizada por las corrientes del pensamiento museológico contemporáneo. Fue esto una campanada que llamó la atención acerca de la necesidad de adaptarse al cambio y a los principios esenciales de la “nueva museología”, corriente activa e interesada en el desarrollo comunitario.⁶

el representante de Panamá, se limita simplemente a afirmar que lo discutido en la Mesa Redonda concuerda con las políticas del “Gobierno nacionalista”. El artículo referente a los museos de Colombia, de manera clara y tajante, manifiesta que “los programas de modernización de los museos no son prioridad en los planes de desarrollo del país” [v. Museum, xxv, 3, 1973:165-196].

⁶ Tras un prolongado letargo, a 35 años de la *Mesa Redonda de Santiago de Chile*, la *Declaración de la ciudad del Salvador*, Bahía, Brasil, reconoce del encuentro de Chile su aporte y “vigencia[...] como pauta para el desarrollo de una nueva mirada museológica que releva el rol social de los museos” [Ibermuseos, 2007:27, punto 3 del “Preámbulo”]. El encuentro de Bahía bien puede considerarse como la continuación de una preocupación museológica vigente para la presente centuria pero, como afirman los responsables de la presentación del documento mencionado, “Ojalá la Declaración de la Ciudad de Salvador sea más que un documento escrito, sea también compromiso, desafío e [sic] fuente de inspiración para el desarrollo de pensamientos, sentimientos, intuiciones, prácticas y experiencias museales renovadoras” [2007:25]. Como resultado del encuentro de Bahía se han dado a conocer, además de la *Declaración* ya mencionada, dos importantes publicaciones; la primera, *Panoramas museológicos de Iberoamérica* [Ibermuseos 1, 2008] y la segunda, *Reflexiones y comunicaciones* [Ibermuseos 2, 2008]. Ambas constituyen un valioso aporte al conocimiento museológico iberoamericano de comienzos del siglo xxi.

COSTA RICA: DEL MUSEO EN FUNCIÓN DE LOS OBJETOS AL MUSEO EN FUNCIÓN DE LA SOCIEDAD

Los museos en Costa Rica, aunque limitados, no han estado ajenos a los efectos y repercusiones del movimiento museológico internacional. Se aprecia esto en la forma en que surgieron algunos de ellos y en su posterior desenvolvimiento. En su contexto, el Museo Nacional y el Museo Histórico Cultural Juan Santamaría reflejan estos dos momentos históricos.

COLECCIONISMO PRIVADO Y PÚBLICO

Poco se sabe de la práctica coleccionista durante el periodo colonial y primeros años de la República. Como actividad inherente al comportamiento social, es de suponer que hubo personas interesadas en reunir documentos y objetos de valor histórico y cultural. De la primera mitad del siglo XIX data la colección de manuscritos formada por José León Fernández, base de la obra en diez tomos cuya publicación (1881-1907) inició su hijo, el licenciado León Fernández Bonilla, y terminó su nieto, el Lic. Ricardo Fernández Guardia. De esta misma época se tiene conocimiento del saqueo de tumbas indígenas con fines utilitarios, y también por el valor monetario que podían alcanzar dichos objetos [Corrales, 2003:267].

En la segunda mitad del siglo XIX el coleccionismo queda mejor definido, particularmente en lo que se refiere a la reunión de objetos de carácter arqueológico. Finqueros, religiosos, políticos, funcionarios públicos, empresarios, naturalistas y viajeros estuvieron vinculados con esta actividad, combinada con la práctica del *huaquerismo*. También en esta época estuvieron muy en boga las llamadas exposiciones que, con el afán de mostrar la cultura y el progreso nacional, se efectuaron dentro y fuera del país [Viales, 2000:383, nota 6].

En el siglo pasado, el coleccionismo público fue una actividad cultivada por diversas instituciones del Estado. Desde el momento mismo en que fue creado el Banco Central de Costa Rica, en 1950, quedó manifiesto en el espíritu de sus fundadores el interés de que las funciones correspondientes al ámbito financiero y monetario fueran complementadas con la tarea de recuperar el patrimonio cultural costarricense. Esta preocupación contempló la adquisición de objetos precolombinos y, también, de monedas, billetes y obras de arte costarricenses.

Otras instituciones autónomas siguieron el ejemplo del Banco emisor⁷ amparadas en una normativa que estimula a las instituciones públicas para

⁷ Entre ellas el Banco Nacional de Costa Rica, la Caja Costarricense del Seguro Social y el Instituto Nacional de Seguros.

que adquieran bienes patrimoniales y asuman la obligación de destinar un porcentaje para adquirir este tipo de bienes cuando construyen sus edificios sede.⁸ Aunque algunas de ellas permanecen en la etapa del coleccionismo público, otras han dado lugar al surgimiento de importantes museos especializados.⁹

EL MUSEO NACIONAL DE COSTA RICA: TRÁNSITO DE UN SOLITARIO

El vigoroso movimiento museológico registrado en Europa y los Estados Unidos durante la segunda mitad del siglo XIX alcanza, también, a Costa Rica. En 1887, como expresión del progreso y la identidad del pueblo costarricense, es creado el Museo Nacional con el fin de que “se depositen y clasifiquen todos los productos naturales y artísticos que deben servir de base para el estudio de la riqueza y cultura del país[...].”¹⁰ Al año siguiente es promulgada la Ley Orgánica que amplía los fines de la institución al señalar que el museo está “destinado a coleccionar y a exponer permanentemente los productos naturales y curiosidades históricas y arqueológicas del país, con el objeto de que sirva de centro de estudio y exhibición”.¹¹

En principio el Museo Nacional surgió a raíz de una colección de ejemplares de mamíferos, aves, reptiles e insectos disecados que habían sido presentados en la Exposición Nacional efectuada el año anterior con motivo de celebrarse el 65 aniversario de la independencia de Costa Rica y Centroamérica. Poco después el acervo sería complementada con un donativo de piezas arqueológicas del finquero y coleccionista don José Ramón Rojas Troyo, legadas por disposición testamentaria.

En la fundación del Museo Juan Santamaría, llama la atención el interés inicial del Estado costarricense para que su organización estuviese acorde

⁸ Ley 5176, 20 de febrero de 1973: Faculta al Gobierno Central y a las instituciones autónomas para promover el arte y la cultura nacionales; Ley 6750, 29 de abril de 1982 y su reglamento, Decreto Ejecutivo No. 18215-C-H, 23 de junio de 1988: Estímulo a las Bellas Artes Costarricenses; Decreto Ejecutivo 29479-C, 18 de abril de 2001: Reglamenta adquisición de obras de arte por parte de las instituciones estatales.

⁹ La colección del Banco Nacional terminó por ser depositada en el Museo Nacional; la de la Caja de Seguro Social mantiene el estatus de “Colección” y la del Instituto Nacional de Seguros inicialmente fue abierta al público como Colección Arqueológica del INS para luego denominársele Museo del Jade del INS. En el caso del Banco Central, originalmente se le denominó como Museo Histórico Arqueológico, luego Museo de Oro Precolombino, y en la actualidad se denomina Museos del Banco Central y atiende las colecciones de oro precolombino, numismática y artes plásticas costarricenses.

¹⁰ Acuerdo Ejecutivo LX, 4 de mayo de 1887: Creación del Museo Nacional de Costa Rica.

¹¹ Decreto Ejecutivo V, 28 de enero de 1888: Promulgación Ley Orgánica del Museo Nacional. Aunque se le denominó “Ley Orgánica” es un reglamento, como procede vía decreto.

con las inquietudes museológicas del momento. Con este propósito envió a los Estados Unidos al científico costarricense don Anastasio Alfaro González con la encomienda de que se empapara de lo que hacían los principales museos de ese país, en particular el *Smithsonian*. Sin embargo, esto no fue suficiente para suponer que el museo recién creado consolidara su desarrollo futuro. Con excepción del entusiasmo momentáneo generado por las exposiciones internacionales en las que participó el país, y en cuyos preparativos intervino el Museo Nacional, escaso fue el apoyo oficial que se le brindó seguidamente. Desde las postrimerías del siglo xix y a lo largo de dos tercios del siguiente, el Museo Nacional transitó por la cultura costarricense casi de manera solitaria sin la compañía de instituciones homólogas. Dos museos especializados, creados en los años treinta del siglo xx, tuvieron una existencia efímera: El Museo Histórico Juan Santamaría con sede en la ciudad de Alajuela¹² y el Museo Histórico Etnográfico con sede en la ciudad de Cartago.¹³

La indiferencia y la escasa atención que el Estado costarricense brindó al Museo Nacional desde su creación puede observarse en el constante cambio de dependencia a la que fue adscrito.¹⁴ En tales circunstancias, con el transcurrir de los años el vínculo con el coleccionismo, determinado desde el momento mismo de su creación, se hizo más frecuente y acentuado al recibir el favor y cuidado de particulares dedicados a esa actividad, quienes, con su mecenazgo, se preocuparon de su bienestar y mantenimiento a lo largo de casi un siglo de existencia. No obstante, también se vio afectado por este comportamiento [Corrales, 2003:265-289; Heath, 1971:133-141; Meyer, 1990:142-145].

El origen de sus colecciones y su relación con los coleccionistas, definitivamente marcó su rasgo esencial de museo conservador y multidisciplinario, condición que mantuvo de manera inalterable hasta bien avanzado el siglo xx.

¹² Decreto Ejecutivo Núm. 1, 13 de mayo de 1932: Crea el Museo Histórico Juan Santamaría, adscrito al Instituto de Alajuela. La prioridad de atención de las necesidades propias de este centro de enseñanza media, aunado al descuido o desconocimiento museológico, determinó su extinción unos años después.

¹³ Decreto Ejecutivo Núm. 28, 9 de enero de 1933: Crea el Museo Histórico Etnográfico adscrito al Colegio de San Luis Gonzaga de la ciudad de Cartago. Razones similares al anterior afectaron también este museo. En la actualidad todavía cuenta con algunos vestigios en condiciones deprimentes.

¹⁴ Desde su creación, en 1887, como dependencia de la Secretaría de Fomento, hasta que pasó a formar parte del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes a comienzos de la década de los setenta, este Museo estuvo subordinado en periodos diferentes al Instituto Físico Geográfico, a la Secretaría de Instrucción Pública, a la Universidad de Costa Rica y al Ministerio de Educación Pública.

Áreas como la historia y el arte costarricenses recibieron una atención marginal al privilegiar las actividades de conservación, exhibición e investigación de las ciencias naturales y de la arqueología costarricenses.

En el año de 1970 se crea el Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes,¹⁵ que vino a aglutinar las instituciones culturales públicas, entre ellas, el Museo Nacional. Con su incorporación a este ministerio, el Museo recibió mejor atención y mayor estabilidad al tiempo en que fueron creados otros museos. Con estas decisiones, el tránsito solitario del Museo Nacional por la cultura costarricense había terminado, aunque el peso de la tradición museológica que le vio nacer, aquella conservadora que privilegia el papel del objeto por encima de las acciones de compromiso social, definió en mucho su posterior comportamiento hasta bien avanzada la centuria pasada.¹⁶

Poco después de su adscripción al Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes tuvo lugar la *Mesa Redonda de Santiago de Chile*, en la que este Museo estuvo representado. Fue un evento propicio para encausar la institución tradicional por rumbos más acordes con las inquietudes museológicas del momento, pero la voluntad de cambio no logró permear la mentalidad de sus autoridades. Así parece desprenderse de la lectura del artículo referente a Costa Rica, publicado por la revista *Museum* al año siguiente de efectuado el evento [Gómez, 1973:182-184].

¹⁵ Hoy día Ministerio de Cultura y Juventud.

¹⁶ La evolución solitaria del Museo Nacional incidió en la carencia de "... un órgano de gobierno con una responsabilidad administrativa sobre los museos del país" [Corrales y Solís, 2008:75]. Por esta razón, al crearse el Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes y surgir nuevos museos, se sintió la necesidad de contar con este "órgano de gobierno". En 1983 se crea mediante Decreto Ejecutivo la Dirección General de Museos. El propósito inicial fue el de que una instancia, con respaldo legal, permitiera guiar la política museística del Estado costarricense [Herrero, 1997:49]; sin embargo, el rango de la normativa que le dio origen impedía su accionar ante instituciones que habían sido creadas por Ley de la República e incluso, ante la trayectoria casi centenaria del Museo Nacional. Poco después de ser creada, esta dirección orientó sus acciones a impulsar museos regionales. Siete años más tarde, el Ministerio dispuso su cierre y traslado al Museo Nacional como programa de esa institución. A pesar de los logros alcanzados bajo la tutela del Museo Nacional, tales como la celebración de reuniones, congresos, ferias y otras, la carencia de un órgano que se ocupe de la política museística del país, todavía es un aspecto sensible. La iniciativa de crear la Dirección de Museos fue un primer paso importante en procura de resolver este vacío. Lo que procedía era fortalecerla y, si se quiere, reorientarla. Por esta razón, la decisión ministerial última significó un retroceso más que un progreso en cuanto a la necesidad de contar con un ente rector de la política museológica costarricense. El país demanda la necesidad de contar con una instancia formuladora de esta política y promulgadora de directrices y lineamientos que regulen el futuro de los museos del país, así como todo lo referente al inventario del patrimonio cultural costarricense.

EL MUSEO HISTÓRICO CULTURAL JUAN SANTAMARÍA: UNA EXPERIENCIA COMUNITARIA

Al igual que el *boom* museológico que caracterizó la segunda mitad del siglo xix, en cuyo contexto surgió el Museo Nacional de Costa Rica, la década de los años setenta del siglo xx también fue de gran efervescencia en este campo. Esta actividad científica observa notables progresos con el surgimiento de museos que presentan planteamientos renovados. Si bien se reconoce el aporte logrado en la centuria precedente, se considera conceptualmente insuficiente para el desenvolvimiento de estas instituciones en la sociedad contemporánea. Para la “nueva museología”, los museos deben responder más a las demandas y necesidades de su entorno social que al diletantismo decimonónico de la museología tradicional.

Con un desenvolvimiento histórico del país relativamente tranquilo y ordenado, en donde las luchas intestinas han sido la excepción y no la norma como en otros lugares del contexto latinoamericano, la guerra librada a mediados del siglo xix contra William Walker y sus filibusteros alcanza especial significado, puesto que fue una lucha externa en defensa de la libertad y en repudio de la esclavitud. Esta acción bélica llevada a cabo conjuntamente con las otras naciones del istmo centroamericano, ocupa un lugar muy significativo en la conciencia cívica del pueblo y en su memoria histórica.

La Campaña Nacional comprende un bienio que marca, hasta el presente, la vocación del pueblo costarricense por la libertad y las instituciones democráticas, fundamento esencial de su identidad histórica republicana. La inquietud de mantener vigente su recuerdo tiene su origen en el momento mismo en que sucedió. El viajero irlandés Thomas Francis Meagher, en 1858, se refiere a su visita a la “Sala de Banderas” en el cuartel de infantería de San José donde permanecían depositados varios trofeos y reliquias de la guerra filibustera [1970:400].

Sin lugar a dudas esta gesta heroica es la cantera más rica del panteón heroico costarricense del periodo republicano; es la que da lugar al surgimiento del héroe nacional Juan Santamaría, quien al prender fuego al edificio donde se habían refugiado los filibusteros en Rivas, Nicaragua, pagó con su vida el intento de desalojarlos, constituyéndose, a la postre, en el símbolo del heroísmo de todo un pueblo en esta lucha. Como homenaje al recuerdo y significado de su acción heroica, varias instituciones del país llevan su nombre, entre ellas el Museo Histórico Cultural Juan Santamaría.¹⁷

¹⁷ Esta acción heroica se llevó a cabo el 11 de abril de 1856. En 1915, mediante Ley de la República No 26, esa fecha fue declarada a perpetuidad como “día feriado y de fiesta nacional” [Municipalidad de Alajuela, 1916:9].

Acrescentado con el tiempo el interés de valorar este hecho y su vigencia en la memoria histórica costarricense, diversas acciones se realizan para asegurar su permanencia en el recuerdo popular. Por eso, luego de la intención fallida en la década de 1930, cuatro décadas después es retomada la idea para que una institución especializada atienda de manera específica este importante momento de la historia republicana costarricense, sin diluirse entre la generalidad propia del Museo Nacional.

El Museo Histórico Cultural Juan Santamaría fue creado mediante la Ley 5,619 del 4 de diciembre de 1974. Por primera vez en la historia del país, una Ley de la República dio origen a una institución de esta naturaleza.¹⁸ Dicha norma establece que el patrimonio a custodiar está constituido por “todos los objetos y documentos relacionados con la gesta heroica de los años 1856-1857, en poder de instituciones del Estado o particulares”. En esencia, es un museo cuya temática especializada es la historia nacional, correspondiéndole atender un periodo muy definido que constituye la columna vertebral de todo el desenvolvimiento republicano de la nación. Por ser Alajuela la cuna del Héroe Nacional, se dispuso su sede en esta ciudad.

Además de la responsabilidad que tiene en la custodia del legado histórico de la Campaña Nacional de 1856-1857, por la ausencia de un órgano superior que rija la política museológica del país, por el momento histórico en que surgió, por las circunstancias en que se ha desenvuelto y por mandato de la misma ley de creación, también tiene una responsabilidad en la conservación y valoración de “todo aquello que por su índole forme parte del patrimonio histórico cultural de la provincia de Alajuela”.¹⁹

Desde que abrió sus puertas al público en 1980, las funciones de la museología tradicional fueron combinadas con propuestas de la museología de vocación social. Sin olvidar su papel de institución depositaria de un legado histórico nacional, el Museo buscó también su inserción en la comunidad. Para esta institución, el estímulo a la iniciativa y participación comunitarias es fundamental. En este sentido, acoge y brinda apoyo logístico permanente a las iniciativas individuales y colectivas para que organicen y lleven a cabo sus encuentros y reuniones en el Museo, así como la programación de las actividades artístico-culturales surgidas de su propia iniciativa. La recuperación

¹⁸ Otros museos respaldados por una Ley de la República son el Museo de Arte Costarricense (Ley 6091, 7 octubre de 1977) y, más tarde, el Museo Rafael Ángel Calderón Guardia (Ley 7606, 24 mayo de 1996). Recientemente la Asamblea Legislativa aprobó una Ley para crear un Museo en la ciudad de Liberia, Guanacaste.

¹⁹ Aunque esta responsabilidad, aunada a otras concepciones, induce a definir este Museo como “regional”, lo cierto del caso es que también ha servido para que la institución mantenga un vínculo más estrecho con su entorno, desenvolviéndose como un activo centro cultural al servicio de la comunidad.

Foto 1

Visita escolar: recorrido de un grupo escolar por el
corredor interno de la sede inicial del Museo



Autor: Oscar Solórzano, Archivo Fotográfico MHCJS.

del patrimonio, su conservación y exhibición son actividades complementadas con otras de orden educativo y de estímulo a la participación comunitaria que fortalecen la presencia de esta institución a nivel local y nacional. En su conjunto, permiten consolidar el sentido de identidad y cohesión comunitarias.

Foto 2

Exposición de Estambres Huicholes programada
en coordinación con la Embajada de México



Autor: Max López Rodríguez, Archivo Fotográfico MHCJS.

Del mismo modo en que el Museo trata aspectos relacionados con la identidad nacional, también organiza actividades orientadas a fortalecer la identidad local desde los más variados ámbitos. El aspecto deportivo, así, figura dentro de sus intereses, pues fortalece la idiosincrasia del ser costarricense que vive con pasión el fútbol.

Algunas comunidades del país cuentan con su equipo representativo. La Liga Deportiva Alajuelense, uno de los más competitivos y prestigiosos del país, es quien representa a la ciudad sede del Museo. Seguidores de este club los hay a nivel local, nacional e, incluso, internacional. Este club deportivo ha dado a conocer el nombre de la ciudad en los lugares más apartados del mundo, visitados en sus giras deportivas. Por este motivo, el montaje de la exposición “La Liga Deportiva Alajuelense vive en el corazón de su pueblo”, despertó un interés y entusiasmo sin precedentes. Aficionados de este equipo de fútbol y también de equipos rivales, procedentes de los diferentes lugares del país, la

visitaron y dieron una gran acogida. Fue una manera de dar a conocer una actividad deportiva con la que se identifican cantidad de costarricenses, pero también fue una forma de proyectar, en sus comienzos, la función del Museo.

En el campo de la recuperación de la memoria histórica y el patrimonio cultural, la labor ha sido lenta pero perseverante y esto ha dado sus frutos. Importantes obras de pintura testimonial histórica, únicas en el desarrollo de la plástica costarricense, han pasado a formar parte de sus colecciones. Junto con la recuperación de objetos, también se da la recuperación de la memoria histórica.

En una proyección extramuros, la institución lidera el programa “Ruta de los Héroes de 1856-1857”, impulsado por las autoridades educativas del país,²⁰ así como grupos organizados de las comunidades existentes en el espacio geográfico recorrido por el ejército expedicionario costarricense que, a mediados del siglo XIX, marchó a enfrentar las fuerzas filibusteras, invasoras del territorio nacional. A estas comunidades se les destaca su presencia histórica y el protagonismo que tuvieron durante esa guerra cuyo recuerdo contribuye notoriamente a la consolidación de la identidad histórica. Las actividades extramuros se hacen acompañar con la programación de talleres de lectura en torno a los valores de la nacionalidad costarricense, así como la distribución de bibliotecas conformadas con obras publicadas por el Museo, resultado del estímulo que éste brinda a la investigación y divulgación de la historia patria.

La exposición “Una imprenta en la vida de Alajuela” despertó la nostalgia de miembros de la comunidad. Durante más de un siglo esta imprenta brindó un importante servicio cultural a la localidad. Tres generaciones de la familia propietaria de la imprenta estuvieron al frente de esta pequeña empresa hasta que la edad y las innovaciones tecnológicas los dejaron fuera del mercado competitivo. Su aporte a la divulgación de la cultura local fue muy significativa, y en la actualidad aún es recordada por los alajuelenses adultos. Hoy, esta imprenta es parte del patrimonio local recuperado por el Museo.

La atención de centros educativos se combina con la programación de actividades culturales, la realización de talleres artísticos y la organización de eventos académicos. Miles de estudiantes y cientos de centros educativos procedentes de todo el país visitan el Museo, principalmente con motivo de la celebración de algunas efemérides patrias: el 11 de abril, relacionado con el aniversario de la batalla de Rivas y la quema del mesón por Juan Santamaría, y el 15 de septiembre, fecha en que los centroamericanos celebran su independencia.

²⁰ El Consejo Superior de Educación, órgano rector de la política educativa del estado costarricense, determinó como objetivo “consolidar la celebración de la actividad educativa oficial Recreación Ruta de los Héroes, como una actividad permanente en el sistema educativo costarricense, con la participación del Museo Histórico Cultural Juan Santamaría...” [La Gaceta, Costa Rica, núm. 167, 31 de agosto de 2005:2].

Foto 3

Visita escolar: estudiantes atendidos en el auditorio
"Juan Rafael Mora Porras"



Autor: Oscar Solórzano, Archivo Fotográfico MHCJS.

La labor editorial del Museo es considerablemente amplia. En su catálogo se cuentan obras clásicas de la historiografía relacionada con la temática filibustera como las de Lorenzo Montúfar, Rafael Obregón Loría, Alejandro Bolaños Geyer, así como otras de interés local. La obra *Familias Alajuelenses en los Libros Parroquiales. Parroquia de Alajuela 1790-1900* es la empresa editorial más ambiciosa emprendida por el Museo. Doce años de investigación y otros seis dedicados a la estructuración genealógica, edición gráfica y publicación de los resultados, dieron lugar a la conformación de siete volúmenes con un total de 5581 páginas que registran alrededor de 7432 troncos familiares. Es una contribución al conocimiento y afianzamiento de los vínculos que tienen los alajuelenses con sus ancestros. La colección *Lecturas Alajuelenses*, con una orientación similar, recoge y publica trabajos históricos y literarios escritos por ciudadanos de la localidad que, por diversos motivos, nunca fueron dados a conocer en forma impresa, o bien son poco o nada conocidos.

Foto 4

Taller de Danza: instructora del taller de danza con un grupo de niñas, en un ensayo en el escenario del auditorio "Juan Rafael Mora Porras"



Autor: Luis Alvarado, Archivo Fotográfico MHCJS.

Como resultado de la labor desplegada por la institución en beneficio de la comunidad local y nacional, el Museo ha recibido diversas distinciones del medio costarricense. Cabe destacar el Premio Libertario "Florencio del Castillo" otorgado por la Fundación *Pax Costarricensis* como reconocimiento "por su abnegada y brillante acción en pro de la identidad costarricense". De igual manera, la Universidad Nacional, con sede en la ciudad de Heredia, le otorgó el Premio "Omar Dengo", el más alto reconocimiento de ese centro de educación superior, por "su labor educativa y cultural en defensa del patrimonio histórico costarricense".

El más reciente y significativo de los reconocimientos, además de la respuesta favorable del público, lo constituyó la decisión de la Asamblea Legislativa de aprobar por unanimidad la Ley núm. 7895 que autorizó el traspaso del Museo a la finca núm. 3797 donde fueron levantados los dos edificios sede de la institución, declarados patrimonio histórico y arquitectónico del país.²¹

²¹ Decretos Ejecutivos No. 6358-C y 9951-C, del 6 de septiembre de 1976 y 5 de marzo de 1979, respectivamente.

Foto 5
Antigua cárcel, sede inicial del museo



Autor: Max López Rodríguez, Archivo Fotográfico MHCJS.

Foto 6
Antiguo cuartel
Mediante ley 7895 la Asamblea Legislativa lo transfiere al museo para que sirva de sede permanente. Este edificio pasa a ser el principal y el que sirvió de sede inicial pasa a ser el edificio complementario.



Autor: Max López Rodríguez, Archivo Fotográfico MHCJS.

Ambas edificaciones son expresión representativa y testimonial de lo que fue la arquitectura especializada del siglo XIX costarricense, en el campo militar uno y de reclusión el otro.

CONCLUSIÓN

La sociedad contemporánea está en presencia de interesantes experiencias que destacan la función social del museo por encima de la lógica de conservación y estudio. El museo de nuestros días está sujeto a las variaciones sociales y culturales del momento histórico vivido y, por lo tanto, su adaptación a la realidad contemporánea no es tema de discusión. La concepción del museo como un elemento “incambiabile y petrificado” [Desvallés, 1989:11] es un asunto del pasado.

Si bien lo discutido en la Mesa Redonda de Santiago de Chile no permeó en la museología latinoamericana en el momento en que aconteció, si terminó dejando huella en la memoria de la museología contemporánea, como bien lo demuestra el caso de lo ocurrido en el Encuentro Iberoamericano de Museos llevado a cabo en la ciudad de Salvador de Bahía, Brasil.

En el caso de Costa Rica, tanto el Museo Nacional como el Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, reflejan en su trayectoria los dos momentos históricos que marcan la tradición y el cambio en la evolución museológica costarricense, pero, al mismo tiempo, el signo de los tiempos marca también el sendero que han de recorrer en la presente centuria.

En el más importante y consolidado museo del país, el Museo Nacional de Costa Rica, los progresos alcanzados después de la experiencia de Santiago de Chile y ya entrado en el siglo XXI, han sido significativos no sólo en cuanto a la consolidación presupuestaria, ampliación de la infraestructura física y el fortalecimiento de sus recursos humanos, sino también en cuanto a iniciativas y servicios brindados. Sin embargo, los conceptos museológicos de la centuria que le vio nacer y su prolongado tránsito solitario por la cultura costarricense, aún pesan en su desenvolvimiento. Su condición de museo generalista lo vincula con la museología tradicional y cada vez que surja en el ámbito nacional una nueva institución museológica, en alguna forma afecta y limita su multidisciplinariedad decimonónica. Le corresponde, entonces, no sólo compartir alguno de sus campos con las nuevas instituciones homólogas, sino también asumir con ellas el compromiso de renovación museológica del país.

En cuanto al Museo Histórico Cultural Juan Santamaría ni es el “museo integral” interdisciplinario discutido en la Mesa Redonda de Santiago de Chile ni tampoco es un auténtico museo de sociedad como lo preconiza la “nueva museología”, pero sí es la institución museológica del país que, por el momento histórico en que surgió y por las circunstancias de su desenvolvimiento como “centro cultural de la comunidad”, manifestó por primera vez pre-

ocupaciones de orden social con su estímulo a la participación comunitaria, hermanando sus responsabilidades con actividades propias de su entorno. Esta orientación vino a “convertir al museo, que ha sido el tradicional recinto de lo que tiene valor histórico o arqueológico, siempre solitario e invadido por un silencio respetuoso y aislante, en un centro vivo de aprendizaje y de acción cultural” [Naranjo, 1978:33]. En la actualidad, este museo concentra su atención en la ampliación y acondicionamiento de su infraestructura física a fin de reactivar y fortalecer los vínculos con la comunidad de usuarios, en espera de consolidar su compromiso con los preceptos de la museología de vocación social.

En el caso costarricense, ambos museos y los otros existentes, lo mismo que los que surjan en el futuro, tienen la obligatoria responsabilidad de contribuir, acorde con sus posibilidades, al proceso de modernización museológica del país.

BIBLIOGRAFÍA²²

Cameron, Duncan

1972 “The Museum: A Temple or the Forum”, en *Cahiers d'Histoire Mondiale/Journal of World History/Cuadernos de Historia Mundial*, vol. xiv, núm. 1, pp. 189-202.

Corrales Ulloa, Francisco

2003 “La delgada línea de la arqueología y el coleccionismo: el interés por el pasado precolombino en el siglo xix”, en Peraldo Huertas, Giovanni, *Ciencia y Técnica en la Costa Rica del Siglo xix*, Cartago, Costa Rica, Editorial Tecnológica de Costa Rica, pp. 265-297.

Corrales Ulloa, Francisco y Olman Solís Alpízar

2008 “Panorama de los museos en Costa Rica”, en *Ibermuseos1, Panoramas museológicos da Iberoamérica*, Brasilia, D. F.: Instituto do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional, Departamento de Museus e Centros Culturais.

Desvallées, André

1989 “Preface”, en Deloche, Bernard, *Museologica. Contradictions et logique du musée*, París, Éditions W, M. N. E. S., pp. 11-15.

1992 “Présentation», en *Vagues: Une anthologie de la nouvelle muséologie*, tomo I, Collection Museologia, París, Éditions W, M.N.E.S., pp. 15-39.

Fernández Bonilla, León

1881 “Prólogo”, en *Colección de Documentos para la Historia de Costa Rica*, tomo I, San José, Costa Rica, Imprenta Nacional, pp. I-VIII.

²² La bibliografía consignada responde a la normativa establecida por la *Revista Cuicuilco*. Quien esté interesado en conocer la bibliografía general empleada, puede solicitarla al autor.

Frier, Pierre-Laurent

1997 *Droit du Patrimoine Culturel*, París, PUF.

Gómez Pignataro, Luis Diego

1973 "Musées d'Amerique Latine, Un tour d'horizon: Costa Rica", en *Museum*, xxv, 3, pp. 182-184.

Heath, Dwight B.

1971 "En Busca de 'El Dorado.' Algunos aspectos sociológicos del huaquerismo en Costa Rica", *Academia de Geografía e Historia de Costa Rica, Anales 1967-1968; 1968-1969*, pp. 133-142.

Herrero Uribe, Pilar

1997 *Los museos costarricenses: trayectoria y situación actual*, San José, Costa Rica, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, Dirección General de Museos.

Ibermuseos

2007 *Declaración de la ciudad del Salvador*, Brasilia, D. F., Instituto do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional-Departamento de Museus e Centros Culturais, Ministerio da Cultura.

2008 *Panorama museológico de Iberoamérica*, Brasilia, D. F., Instituto do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional-Departamento de Museus e Centros Culturais, Ministerio da Cultura.

2008 *Reflexiones y comunicaciones*, Brasilia, D. F., Instituto do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional-Departamento de Museus e Centros Culturais, Ministerio da Cultura.

Meagher, thomas Francis

1970 "Vacaciones en Costa Rica", en Fernández Guardia, Ricardo, *Costa Rica en el Siglo XIX. Antología de Viajeros*, 2ª ed., San José, Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), pp. 333-448.

Mayrand, Pierre

1985 "La proclamación de la nueva museología", en *Museum*, 148, pp. 200-201.

Meyer, Karl E.

1990 *El saqueo del pasado. Historia del tráfico internacional ilegal de obras de arte*, México, FCE.

Mostny Glaser, Grete

1973 "Introduction", en *Museum*, xxv, 3, p. 128.

Municipalidad de Alajuela [Costa Rica]

1916 *Memoria de las fiestas cívicas celebradas en Alajuela el 11 de abril de 1916, LX aniversario de la batalla de Rivas en la cual inmortalizó su nombre Juan Santamaría*, Alajuela, Costa Rica, Imprenta y Litografía del Comercio.

Naranjo, Carmen

1978 *Cultura. 1. La Acción Cultural en Latinoamérica. 2. Estudio sobre la Planificación Cultural*, Serie Miscelánea 912, San José, Costa Rica, Instituto Centroamericano de Administración Pública (ICAP).

Rasse, Paul

1997 *Techniques et cultures au Musée. Enjeux, ingénierie et communication des musées de société*, Par Paul Rasse avec la participation de Erick Necker. Collection Muséologies, Lyon, Presses Universitaires de Lyon.

Schaer, Roland

1994 *L'Invention des musées*, París, Découvertes Gallimard/ Reunion des Musées Nationaux (Histoire, 187).

Teruggi, Mario E.

1973 "La Table Ronde de Santiago du Chili", *Museum*, xxv, 3, pp. 129-133.

Viales Hurtado, Ronny

2000 Librecambio, universalismo e identidad nacional: la participación de Costa Rica en las exposiciones internacionales de fines del siglo XIX", en Enríquez Solano, Francisco e Iván Molina Jiménez (comps.), *Fin de siglo XIX e Identidad Nacional en México y Centroamérica*, Alajuela, Costa Rica, Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, pp. 357-387.